

Ilustrado por SARA OGILVIE

ALEX FOULKES



LOS MANDAMIENTOS

VAMPÍRICOS

EL JUICIO
FANTASMAL



LOS MANDAMIENTOS

VAMPÍRICOS







ALEX FOULKES

LOS MANDAMIENTOS

VAMPÍRICOS

**EL JUICIO
FANTASMAL**

Ilustrado por
SARA OGILVIE

ANAYA

Título original: *Rules for Vampires. Ghosts Bite Back*
Publicado por primera vez en Gran Bretaña por Simon & Schuster UK Ltd

1.ª edición: septiembre de 2023

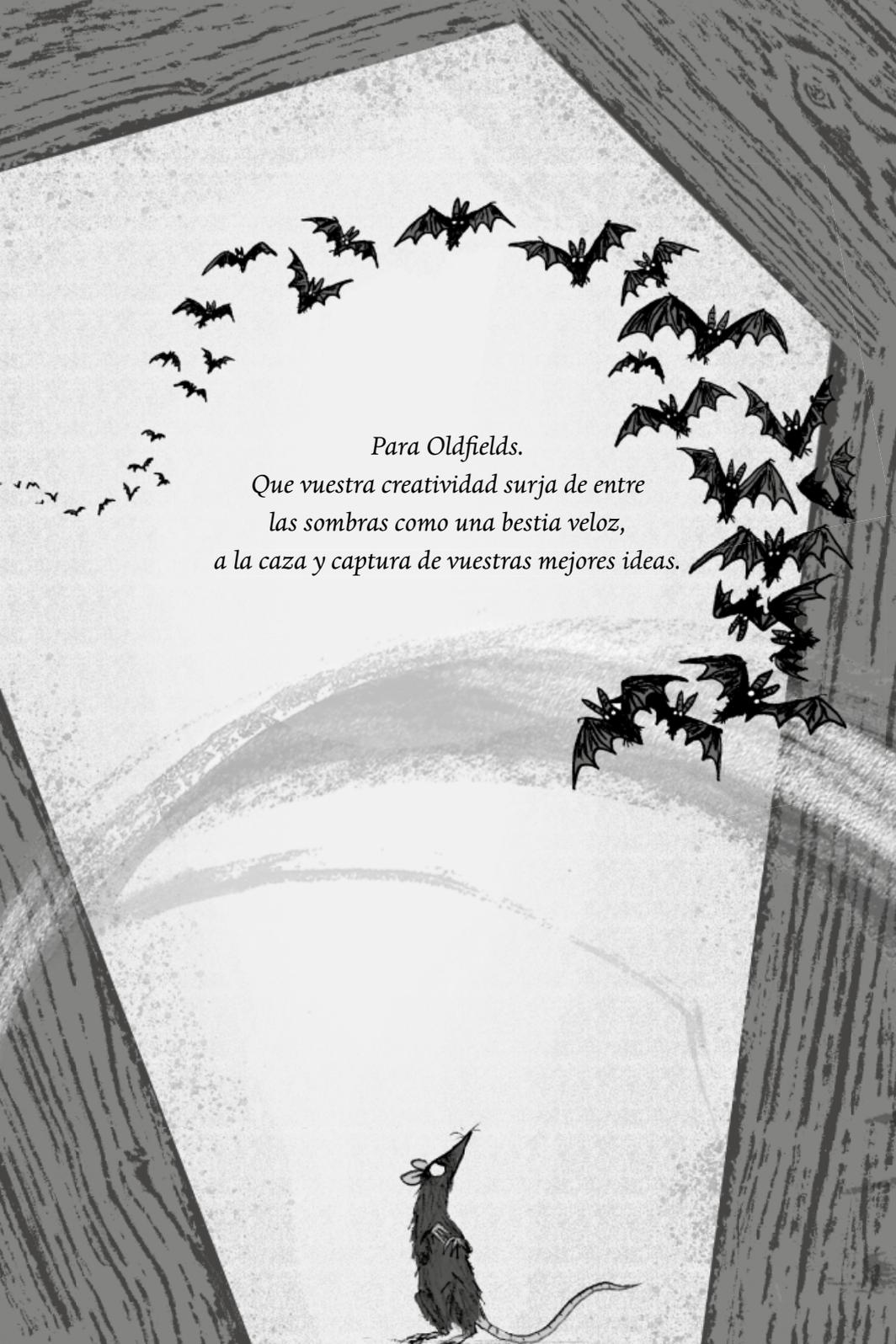
© Del texto: Alex Foulkes, 2022
© De las ilustraciones: Sara Ogilvie, 2022
© De la traducción: Jaime Valero Martínez, 2023
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2023
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com

ISBN: 978-84-143-3534-5
Depósito legal: M-13543-2023

Impreso en España - *Printed in Spain*

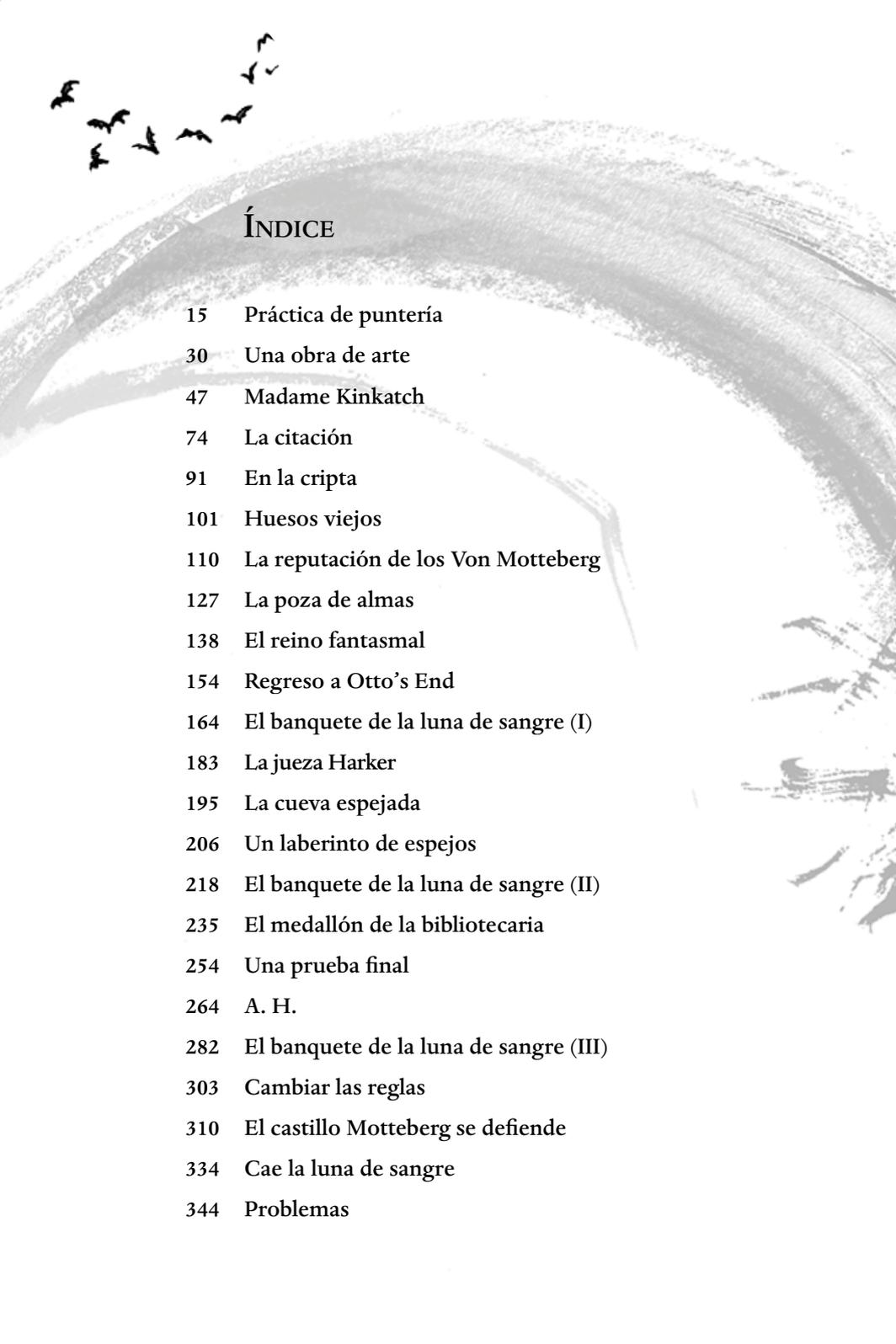


Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

A black and white illustration. At the bottom center, a small mouse stands on its hind legs, looking upwards with its mouth open. Above it, a large number of bats are flying in a circular pattern, their wings spread. The background is a dark, textured surface, possibly a wall or ceiling, with some faint, curved lines. The overall mood is mysterious and intriguing.

*Para Oldfields.
Que vuestra creatividad surja de entre
las sombras como una bestia veloz,
a la caza y captura de vuestras mejores ideas.*





ÍNDICE

- 15 Práctica de puntería
- 30 Una obra de arte
- 47 Madame Kinkatch
- 74 La citación
- 91 En la cripta
- 101 Huesos viejos
- 110 La reputación de los Von Motteberg
- 127 La poza de almas
- 138 El reino fantasmal
- 154 Regreso a Otto's End
- 164 El banquete de la luna de sangre (I)
- 183 La jueza Harker
- 195 La cueva espejada
- 206 Un laberinto de espejos
- 218 El banquete de la luna de sangre (II)
- 235 El medallón de la bibliotecaria
- 254 Una prueba final
- 264 A. H.
- 282 El banquete de la luna de sangre (III)
- 303 Cambiar las reglas
- 310 El castillo Motteberg se defiende
- 334 Cae la luna de sangre
- 344 Problemas



**Humano, acércate
y presta atención:**

**Es posible que esta historia
te pueda asustar,
porque mientras estás a salvo
en tu habitación,
hay criaturas que acechan
en la oscuridad...**



LOS OCHO MANDAMIENTOS VAMPÍRICOS

*¡Trucos y consejos para ser el vampiro más poderoso,
según Leo von Motteberg!*

1. El vampiro no podrá entrar sin ser invitado. *A no ser que hayas fortalecido tu voluntad vampírica como yo. ¡Entonces podrás usar el hipnotismo para que te inviten!*
2. El vampiro no podrá exponerse a la luz del sol. *¿A ti te gustaría convertirte en piedra?*
3. El vampiro no podrá tocar la plata pura. *¡Auch!*
4. El vampiro no podrá paladear el hediondo bulbo, flor o tallo de la planta del ajo. *¡Puaj!*
5. El vampiro no podrá admirar los artefactos sagrados. *Pero el cementerio es un lugar divertido para pasar el rato. Y para jugar al ajedrez.*
6. El vampiro no se reflejará en los espejos. *¿Quién necesita reflejarse cuando puede trepar por las paredes y planear como un murciélago?*
7. El vampiro consumirá la sangre de los vivos, sustento de su existencia inmortal por toda la eternidad. *Un consejo útil: ¡pídele a tu mayordomo que te caliente la taza para sacarle todo el sabor!*
8. El vampiro emprenderá su primera cacería al anochecer de su centenario vampírico. *A no ser que... todo salga desastrosamente mal y hayas creado, sin querer,*

dos fantasmas que están enfrentados entre sí. Y que luego tengas que formar equipo con uno de ellos para derrotar al otro, antes de que destruya el bosque... y antes de que tu madre (una vampira maligna) se entere...

¿Sabes guardar un secreto?



UNO

PRÁCTICA DE PUNTERÍA

El *Vademécum del cazador de fantasmas* es un libro antiguo procedente de una época olvidada. Es una obra tan rara que solo existe un ejemplar conocido en el mundo, que se conserva en la laberíntica biblioteca del castillo Motteberg, en lo alto de monte Polilla.

Suponiendo que sobrevivieras al trayecto a través del Sotopavor —un bosque lúgubre, frío, húmedo y mortífero, tan inmenso como peligroso—, te estará aguardando una prueba ardua. Para leer el libro deberás sortear barreras mágicas, a un bebé con poderes telequinéticos, a una armadura encantada y al vampiro más maligno, horripilante y despiadado que haya existido jamás, entre otros espantos.

Es una lástima, porque el libro contiene consejos certeros sobre un tema muy concreto pero digno de mención: cómo matar a un fantasma. Incluye aún más información que el *Manual del asesinato para el cazador novicio*, una obra popular disponible en todas las buenas

bibliotecas (o lo que es lo mismo, en todas las bibliotecas).

Los fantasmas, de acuerdo con el *Vademécum*, son de las criaturas más difíciles de matar. No es posible clavarles una estaca como a los vampiros, ni quemarlos con la luz del sol. Tampoco se les puede matar con balas de plata, como a los hombres lobo, ni abatirlos con hierro o acero, como a los feéricos. Además, aunque es imposible tocarlos, un fantasma poderoso no tiene problemas para interactuar con nuestro mundo. Las tácticas fantasmales incluyen arrojarte un libro voluminoso sobre la cabeza, tirarte por un barranco o dejarte espachurrado contra el techo. Pocos han conseguido hacer desaparecer a un fantasma. Y aún son menos los que han vivido para contarlo.

Leo es una vampira —un enemigo natural de los fantasmas— y ya pasó por una historia como esa. La cuestión es: ¿cuánto tiempo sobrevivirá para contarla?

Leo aterrizó de rodillas y se agachó detrás del tocón torcido de un árbol, mientras la nieve le calaba la ropa hasta llegar a la piel. El impacto provocó que su pierna de madera, la derecha, rechinara, pero estaba demasiado ocupada aguzando el oído como para prestarle atención. A su alrededor, el bosque de Sotopavor estaba inundado por los sonidos familiares de la noche. Los insectos invernales zumbaban soñolientos entre las zarzas. Los pinos se estiraban y suspiraban. En las alturas, resonó una carcajada maliciosa que se extendió entre las ramas...

—¡Leeeeeoooo! ¿Dónde, oh, dónde te has metido?

Una luz emergió de entre las copas de los árboles, proyectando un fulgor espeluznante. Leo farfulló y se agachó todavía más para evitar que asomara su melena desgreñada.

Ese era el sitio, ¿verdad? ¿Fue allí donde dejó lo que estaba buscando? Desde luego, era ese tocón; había saltado sobre el río Polil por el norte, giró a la izquierda en el haya que tenía un zarpazo y después había pasado por debajo del sauce inclinado. Nadie se orientaba en el bosque tan bien como ella y necesitaría esa habilidad para escapar de una pieza. Leo se puso a escarbar en el suelo con las dos manos, introdujo una de ellas en un agujero en la corteza para apartar los hongos que crecían en su interior.

—¿Estás... aquí? —Una rama se estremeció directamente por encima de ella. Leo sintió un cosquilleo en la piel al ver los dedillos de unos pies pálidos que asomaban entre las pinochas—. Venga... ¡Ya sabes que no puedes esconderte de mí!

El ritual para matar fantasmas —efectivo con espíritus, espectros, ánimas y toda clase de apariciones— es complicado. Exige la destrucción total del vínculo entre el fantasma y el mundo de los vivos. Leo conocía muy bien ese ritual, pues se había aprendido de memoria cada componente. La lista estaba grabada en su cabeza desde hacía semanas, la repetía una y otra vez en su mente.

Para matar a un fantasma necesitabas sal. Y azufre. Y humo. Si no costaba mucho encontrarlos, también venían bien el agua bendecida dos veces y el fulgor del amanecer... Pero conseguir eso dependía mucho de la suerte.

Por último, quizá lo más complicado de todo: necesitabas un arma con predisposición, algo que se pudiera empuñar. Leo apretó los dientes y se estiró, introduciendo el brazo más a fondo en el tocón...

«¡Sí!».

Las yemas de sus dedos no encontraron ningún arma con predisposición. Tampoco había sal, azufre, ni ningún otro objeto para matar fantasmas. En cambio, sí estaba el grueso trozo de soga que guardó allí previamente, cuyas ásperas fibras estaban cubiertas de escarcha. Leo se apresuró a desplegarla. Notó como palpitaba su corazón negro, con fuerza suficiente como para que su sangre vampírica, normalmente adormecida, comenzara a agolparse en sus oídos...

—¡Eh! —gritó. Sintió euforia a medida que la luz pálida se acercaba—. ¿Quién ha hablado de esconderse?

Echando su peso hacia atrás, Leo tiró de la cuerda con todas sus fuerzas.

Un arbusto se zarandó con violencia. De la maraña de ramitas emergieron tres dianas circulares. Estaban talladas en madera y pintadas de forma rudimentaria con círculos blancos y un punto rojo en el centro para señalar la...

—¡Diana! —exclamó alguien. Se oyó un crac tremendo cuando el primer blanco quedó reducido a astillas—. ¡Ja! ¡Qué fácil!

Enseguida, el segundo blanco quedó partido en dos; la mitad rota rebotó en el tronco de un árbol y traqueteó por el suelo hasta desaparecer.

Volando a toda velocidad, mientras blandía un atizador centelleante como si fuera una espada, había una chica que tendría más o menos la misma edad que Leo. Es decir, unos once o doce años. Sin embargo, y al contrario que Leo, estaba flotando por los aires. Su cabello largo e incoloro ondeaba a su alrededor, como si estuviera bajo el agua. Su camisón raído despedía esa misma blancura translúcida y peculiar que el resto de su cuerpo. Podría estar compuesta de cristal esmerilado desde la cabeza hasta los pies.

Era la fantasma.

Quizá Leo debería estar asustada. El *Vademécum* describía más de trescientas formas diferentes en las que un alma cándida podía ser víctima de un ataque fantasmal. Estaban ordenadas alfabéticamente, desde «Absorbido por una niebla fantasmal» hasta «Zarandeado, a través de una ventana abierta, hacia las expectantes fauces de la noche».

Pero...

—¡Eh! ¡Has fallado uno! —exclamó Leo, brincando en lo alto del tocón.

La muchacha fantasma dio la vuelta y un árbol joven se torció cuando pasó junto a él a toda velocidad.

Antes de que Leo pudiera reaccionar, la fantasma pasó a través de ella como una ráfaga de aire gélido.

—¡Ya lo sé, ya lo sé! —La voz de la fantasma resonó en los oídos de Leo—. ¡Dame un respiro!

Dio unas estocadas con el atizador. Apareció un círculo irregular en el centro de la tercera diana. La mortífera punta asomó centelleando a través del agujero.

Una lluvia de astillas cayó sobre la cabeza de Leo.

—¡Ya está! —exclamó la fantasma, satisfecha. Descendió volando, se apartó el pelo de la cara y se recolocó la diadema transparente que llevaba.

Leo saltó desde su posadero y sus pies impactaron contra el suelo helado. Dentro de sus raspadas botas de invierno, un pie tenía carne grisácea y garras. El otro era una prótesis maciza, tallada en roble. Espigada y con una altura que rondaba el metro ochenta, Leo se irguió y se elevó sobre su acompañante fantasmal. Sonrió y enseñó sus dientes afilados como agujas. Sus ojos negros —profundos, oscuros e inquietantes— se curvaron con un gesto risueño.

Leo y Minna formaban una pareja singular. Los vampiros y los fantasmas, aunque técnicamente eran muertos vivientes, eran tan diferentes como la noche y el día. Había un motivo por el que ambos bandos eran enemigos acérrimos desde que se tienen recuerdos. Concretamente, desde la primera guerra fanta-vampírica.

Los vampiros necesitaban la sangre de los vivos para sobrevivir... Y un desafortunado efecto secundario de la dieta vampírica era que los vivos tenían tendencia a morir. Los fantasmas culpaban de su muerte a los vampiros. Los vampiros opinaban que los fantasmas deberían dejar de ser tan quejicas y preocuparse de sus asuntos. Y así llevaban toda la vida, con ese toma y daca, sumidos en un círculo de odio interminable. En algunos rincones del mundo, cazar a su enemigo se había convertido en un deporte para cada bando, infligiéndole daño con una crueldad cada vez más imaginativa.

No se tenía constancia de que un vampiro y un fantasma fueran amigos. Peor aún: aquello atentaba contra todo lo que representaba la familia de Leo. Los Von Motteberg eran un clan noble y orgulloso. Su linaje podía rastrearse hasta los primeros vampiros aristócratas. Su ferocidad no tenía parangón, al igual que su astucia. Al fin y al cabo, contaban con el *Vademécum del cazador de fantasmas* en su biblioteca.

—¡Empiezas a tener una puntería que asusta, Minna!
—exclamó Leo, alegremente, mientras extraía unas esquir-
las de la diana rota de su capa raída.

La fantasma llamada Minna meneó la cabeza.

—¿Cómo que «empiezo a tener»? ¡Tengo una puntería genial desde hace una eternidad! ¡Lo que pasa es que no te has fijado!

Hizo una pausa para empujar la punta afilada del atizador a través de su hombro, enfundándolo en su propio cuerpo.

—Puaj... —Leo miró para otro lado. A pesar de que había visto a Minna hacer eso muchas veces, todavía le revolvió el estómago—. ¡S-solo intentaba decir que estás mejorando! ¡Seguro que esta vez has dado en el centro de todas!

—Agradezco tu ayuda con mi entrenamiento, Leo, de verdad... Pero no necesito tu aprobación —dijo Minna. Sus carrillos regordetes y el hueco entre los dos dientes delanteros no sirvieron para suavizar su expresión—. Esto es un... un asunto de fantasmas. Tú no lo entenderías. Lo único que tienes que hacer es traer más blancos. O, no sé, volver

a lanzarme piedras para que pueda practicar a solidificar mis manos.

Leo se pellizó el puente de la nariz, sintiendo una migraña inminente.

Aunque consideraba a Minna como su mejor amiga, seguía resultando un misterio para ella en muchos sentidos. Tenía un carácter complicado, que rivalizaba incluso con el de la vampira más malhumorada que conocía: su hermana, Emmeline. Además, Minna llevaba semanas insistiendo en reunirse en el bosque por la noche para realizar prácticas de combate fantasmal, por motivos que se negaba a explicar. Ojalá Leo pudiera asomarse a su cerebro y atisbar lo que estaba pensando...

El otoño anterior, apenas unos meses atrás, sus vidas de ultratumba pegaron un vuelco. De hecho, Minna perdió su vida por completo, debido a lo que Leo denominaba ahora en privado como «el incidente».

No fue culpa suya —en el fondo, no—, pero aún se sentía culpable. La noche que Leo cumplió ciento once años, salió a merodear por el pueblo humano de Otto's End, en busca de una presa para su primera cacería. Se produjo un incendio en el orfanato, el hogar para niños desventurados de Santa Frida. Dos humanos murieron innecesariamente en el proceso, su preciada sangre se echó a perder. Uno de esos humanos era una niña llamada Minna, que ya no estaba viva, pero conservaba esa personalidad tan marcada.

Y el otro humano que perdió la vida aquella noche..., en fin...

Pensar en él era como tropezar en la oscuridad y caerse en un pozo sin fondo, donde tus gritos resuenan mientras no dejas de caer.

El director del orfanato. Su enfrentamiento contra el antiguo tutor de Minna había sido el sumun de todos los peligros, un desastre potencial tan épico como para sacudir el Sotopavor hasta sus cimientos. Leo estuvo a punto de morir (otra vez) en más de una ocasión. Las vidas de los amigos humanos de Minna pendieron de un hilo, así como el destino del bosque. Cuando pasas por algo así con alguien, lo lógico es confiar a ciegas el uno en el otro. Leo estaba segura de ello.

—¿Leo? ¿Me has oído? —le preguntó Minna, que la miraba con curiosidad—. ¡Venga, no te enfurruñes! Has sido de mucha ayuda, de verdad. Pero ¡resulta duro para mí! Nunca sabrás lo que se siente al ser... —movió los brazos arriba y abajo para señalar su cuerpo traslúcido— así.

—Eres fuerte, Minna —le aseguró Leo—. Y veloz.

—No lo suficiente... —murmuró Minna.

«¿No lo suficiente para qué? ¿Para quién?», quiso preguntar Leo, aunque sabía que Minna no se lo diría. Ya lo había intentado.

—O-oye, aún faltan varias horas para el amanecer —comentó para intentar distraerla y que no le diera tantas vueltas a la cabeza.

Se encaramó con soltura a un árbol caído, haciendo ondear su capa con un gesto dramático. Coger piedras al vuelo estaba bien, pero conocía algo mejor. Extendió una

mano repleta de garras e hizo un gesto que quería decir: «¡adelante!».

—¿Crees que puedes atraparme una vez más, Minnie?

Por mucho reconcome fantasmal que tuviera Minna, siempre había una cosa que conseguía animarla: ensartar con el atizador a la vampira entrometida que (aunque no lo hiciera aposta) la mató hace no tanto tiempo.

—¡Te tengo dicho que no me llames «Minnie»! —protestó. Luego añadió con una sonrisa que dejó al descubierto el hueco entre sus dientes—: Y creo que la pregunta es: ¿puedes atraparme tú a mí?

Minna acercó la mano a su atizador. Leo oyó un «fiuuus» junto a su mejilla cuando se apartó en el último momento, después se agachó para evitar el veloz contragolpe. Un par de centímetros por encima de su cabeza, Minna atacó de nuevo, blandiendo su arma. Hizo girar en su mano la punta curva y afilada, asestando tajos a diestro y siniestro con una facilidad pasmosa.

Minna era veloz, pero Leo también. Rodó hacia el frente, por debajo de las piernas colgantes de su amiga, después se incorporó para desviar con sus garras el siguiente golpe sólido. Leo enseñó los dientes en señal de victoria.

Además de construir guaridas y estudiar la flora y la fauna del Sotopavor, estos combates de entrenamiento se habían convertido en uno de sus pasatiempos favoritos. La hacían sentir poderosa. Invencible. Como si, aunque «él» regresara, estuviera preparada para...

—Vampiiiiiraaaa...

Leo se quedó paralizada, meneando las orejas. Un escalofrío le recorrió el espinazo y le provocó un cosquilleo en la coronilla, hasta que el roce helado del atizador a través de su barriga la trajo de golpe a la realidad. Parpadeó con fuerza.

Le pareció... le pareció haber oído...

—¡Vaya, hacía mucho que no te atizaba así! —se jactó Minna, señalando hacia el lugar donde el atizador asomaba como una esquirla de hielo entre las costillas de Leo.

Verlo así debería haber resultado pasmoso, hundido hasta la empuñadura en el estómago de Leo e inclinado de tal forma que atravesaba la mayoría de sus órganos vitales. Pero cuando Minna extrajo el arma, salió sin producirle daño alguno. La camisa de Leo seguía intacta, al igual que su piel grisácea. Solo quedaba un frío residual. Minna se sacudió la melena con gesto altanero.

—¡Si alguna vez te ataca un enemigo de verdad, tendrás que ser más rápida! No todos los fantasmas son tan considerados como... ¿Leo? ¿Me estás escuchando?

Sí, Leo estaba escuchando algo, pero no a ella. Se acercó una garra a los labios y ondeó la otra mano para indicarle que bajara la voz.

—¿Qué mosca te ha picado? ¿Qué ocurre? —susurró Minna, molesta, pero también un poco asustada.

—Me ha parecido... oír algo. Ahora mismo.

—¡Vampira! —volvió a exclamar una voz que resonó entre los árboles.

El tronco situado bajo los pies de Leo se estremeció cuando el sonido reverberó a través de su interior hueco. Las hojas se mecieron, impulsadas por un viento aciago.

—Está bien —dijo Minna, aferrando con fuerza el atizador—. Eso sí que lo he oído.

—¿Tú también?

Los ojos de Leo, con esas pupilas que solían ser finas como las de un gato, se habían vuelto negros por completo. Oteó los sombríos árboles que la rodeaban, examinando cada silueta en la oscuridad. Era la hora de los muertos vivientes; ninguna persona viva vagaba de noche por el bosque. Era un tiempo reservado a los vampiros, fantasmas y criaturas de la oscuridad...

Mientras un millar de posibilidades se abrían paso a empujones por su cerebro, una sombra inmensa se proyectó lentamente por su mente. Leo tragó saliva.

—¿Qué pasa si...? ¿Y si él...?

—Está muerto, Leo. El director del orfanato está muerto.

—N-nosotras también...

—¡Ya sabes lo que quiero decir! —A pesar de su inquietud, Minna seguía conservando su aplomo—. Lo derrotamos. Lo expulsamos con el azufre, el humo y todo eso. No podrá regresar de dondequiera que esté, ¡ya lo sabes! Está más muerto que yo, y eso es mucho decir.

Era la primera vez que Minna mencionaba al director del orfanato en los meses transcurridos desde que lo derrotaron. Al oír su nombre pronunciado en voz alta, a Leo se le puso la piel de gallina.

—¡C-cierto! —Apoyó los pies sobre el árbol caído. Su pierna de madera crujió, la articulación de la rodilla se encajó en su sitio, lista para saltar—. Solo es... ¡una voz mis-

teriosa! —Soltó una risita aguda y nerviosa—. ¡Ocurre a todas horas! Quizá sea alguien amisto...

Una fuerte ráfaga de aire gélido sopló por debajo de ellas, emergiendo de ambos extremos del tronco hueco. Era tan fuerte que abrió un agujero en la corteza, justo por debajo de los pies de Leo. Su capa ondeó y se le enredó en la cabeza, cegándola. Por un momento, sintió como si algo se cerniera sobre ella, como la mano de un gigante...

Cuando consiguió sacar la cabeza de la tela raída, Leo saltó desde el tronco. No se atrevió a mirar atrás, pero sus sentidos vampíricos zumbaban y sintió una presencia cerca, muy cerca, por detrás de ella. Sus pies entraron en contacto con la tierra helada y se puso en movimiento.

Sintió pánico mientras corría. Trastabilló, esquivando troncos y atravesando arbustos, cuyas espinas se le engancharon en las mangas de la camisa. El Sotopavor se expandía y se transformaba en la oscuridad, los senderos conocidos formaban una maraña desconcertante. La nieve, que desdibujaba las formas, no hacía sino empeorarlo. Minna volaba a su lado, a través de la vegetación.

—¿Qué hacemos? —exclamó Leo, que por fin miró atrás, hacia el lugar donde los pinos se encorvaban, apartándose del camino de la fuerza invisible que avanzaba hacia ellas a toda velocidad. Fuera el director del orfanato o no, Leo estaba convencida de que era un fantasma. Había indicios de todo tipo: la voz incorpórea, el viento cortante, el frío atroz...

Leo tenía suficiente con un fantasma. Aparte de Minna —y, como mucho, sus padres—, preferiría no tener que volver a ver ninguno más.

Se había topado con un total de cero fantasmas durante sus once años de vida humana. Después de eso, el siglo que pasó como vampira también estuvo libre de espectros.

No sabía qué habría cambiado, pero últimamente se había convertido en una especie de imán para los fantasmas.

—¿Puedes comunicarte con él? —gritó—. ¡Pregúntale qué quiere!

Se oyó un crujido largo y lastimero por detrás de ellas, seguido de un cras que hizo temblar los colmillos de Leo.

—¡Eso era un árbol! —exclamó—. ¡Va a tirar abajo el Sotopavor!

—¡Deberías irte a casa! —repuso Minna, con la voz demasiado entrecortada para tratarse de alguien que no necesitaba aire en los pulmones. Apuntó al cielo con el atizador; la silueta con tres puntas de monte Polilla asomaba al otro lado de las copas de los árboles—. ¡Nos dividiremos para despistarlo! ¡En marcha! —oyó que exclamaba Minna.

—Pero... —La pierna de madera de Leo rechinó y estuvo a punto de caerse de bruces, pero logró sujetarse en el último momento—. ¿Y qué pasa contigo, Minna?

—Vete a casa, Leo. Estaré bien. ¡Iré a buscarte cuando salga el sol!

—Pero...

—¡En tu cuarto al amanecer! ¡No te retrases! ¡Sé cómo eres!

Y con esa última reprimenda, Minna trazó un arco en el cielo para alejarse. Las yemas de los dedos de sus pies fueron la última parte de su cuerpo que desapareció en la oscuridad.